

## ***Jacob como objeto de la disciplina divina***

Una ampliación del escrito  
del señor **John Watt**,  
en *The Believer's Magazine*, 1933

Dos varones se destacan en el Antiguo Testamento como objetos especiales de la disciplina de Dios. Son Job y Jacob. Al final de sus respectivas carreras ellos terminaron mejor que otros, y dignos de elogio. Cambiando de figura, diremos que recibieron las lluvias tardías que maduran la cosecha para la gloria de Dios.

La disciplina es un curso de instrucción bajo la mano divina con el fin de quebrantar nuestra voluntad para que aceptemos la voluntad de Dios. “Ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”, Hebreos 12.11.

Antes de la caída no había necesidad de tal cosa, pero con la entrada del pecado la voluntad del hombre se puso en contra de la de Dios, y por tanto la necesidad de disciplinar al hombre y así quebrar su voluntad. Dios quiere sacarnos de nuestros propósitos propios y conducirnos por los suyos. Jehová dijo a Israel que ellos precisaban del desierto “para probarte, para saber lo que había en tu corazón”, Deuteronomio 8.2, y ese pueblo aprendió que la carne anhelaría a Egipto y negaría proseguir hasta Canaán.

Podemos aceptar la disciplina en una de dos maneras. Podemos reconocer que ha sido impuesta por Dios para nuestra corrección, o verla meramente como la suerte de todo hombre.

Un incidente en la vida de David sirve de ilustración. Leemos en 2 Samuel 16 cómo Dios le permitió a Absalón quitarle el trono, y que, cuando el rey huía, Simei arrojaba piedras contra él y le maldecía. Abisai protestaba, “¿Por qué maldice este perro muerto a mi señor el rey? Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza”. Pero David respondió, “Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David”. Para Abisai, Simei no era más que un perro muerto; para David, era mensajero de Dios, y por esto David aceptó la conducta de Simei como ordenada por Dios.

Veamos ahora tres períodos en la vida de Jacob:

- en casa, y qué sucedió allí
- en tierra de Labán, y qué aprendió allí
- el fin del hombre que fue disciplinado por Dios

### **1. En casa**

Desde el comienzo Jacob valoraba lo que era de Dios, a saber, la primogenitura y la bendición. No era como el profano Esaú, quien despreciaba el derecho de la primogenitura. Ahora, era la mente de Dios que Jacob poseyera ese derecho (“... el mayor servirá al menor”, Génesis 25.23), y Él lo hubiera hecho realidad a su tiempo y a su manera, pero Jacob no podía esperar pacientemente el cumplimiento del propósito divino, y se valió de medios humanos para forzar las cosas antes de tiempo. “Vino tu hermano”, le dijo Isaac a Esaú, “y tomó tu bendición”, 27.35.

Muchos años antes, Abraham cayó en ese modo de proceder. Dios le había prometido un hijo, pero los años pasaron sin que naciera un heredero, y Abraham resolvió hacer la obra de Dios por su propia cuenta. Tomó a Agar, una esclava que había traído de Egipto —¿acaso ella podría llevar la simiente prometida!— e Ismael nació según la carne, pero Abraham aprendió al pesar suyo que hubiera sido mucho mejor esperar la oportunidad que Dios había establecido. Abraham y Sarai, sin duda, tenían un buen propósito, pero prosiguieron indebidamente.

Y así fue con Jacob. Él tuvo que aprender por amarga experiencia el error de hacer las cosas a lo suyo, y que Dios realizará sus propósitos a su tiempo.

Todas hemos trillado esa senda, intentando emplear medios humanos para lograr fines divinos, pero los procedimientos y la fuerza del hombre no pueden llevar a cabo los planes de Dios, ni podemos contar con su apoyo cuando hacemos esos intentos. Jacob quería, y aun abusó a su propio hermano para lograr lo que quería, así como nosotros hemos hecho a veces. “¿Por qué desprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo”, Romanos 14.10.

Esaú dijo ácida y acertadamente, “Bien llamaron su nombre Jacob [“quien defrauda, o hace equivocarse”], Génesis 37.26, y Dios tendría que quitar este reproche antes que Jacob tuviera derecho de ser llamado Israel al final de su carrera. Dios le disciplina para que *Jacob* sea quitado e *Israel* se quede, de manera que podría decir al final de la senda, “Juntaos y oíd hijos de Jacob, y escuchad a vuestro padre Israel”, Génesis 49.2. Es Jacob que muere, pero Israel que es embalsamado, de suerte que el nuevo hombre es a quien llevan a su tierra, 50.2 *et seq.*



Jacob no se comportó bien en casa de su padre; Génesis capítulo 27 cuenta que actuó con falsedad. Así, en el capítulo siguiente Dios le deja ver la Casa suya, y a Jacob le parecía un lugar “terrible”, 28.17. Le hacía falta un curso de instrucción bajo la mano de Dios para aprender cómo debería conducirse en la Casa de Dios. En ella no podía actuar con engaño ni forzar la barrera, ya que en la Casa de Dios prevalece la voluntad de Dios y no de hombre. Para nosotros, “es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad”, 1 Timoteo 3.15.

En aquella visión Jacob vio al cielo y la tierra unidos, 28.12, y que él mismo era objeto de atención en el cielo. Carne y sangre no le revelaron esto, sino Dios, y Jacob no lo olvidó por el resto de su vida.

Habiendo tratado Dios con él, Jacob es útil ahora, cosa que no había sido hasta este punto. Al conocer a Raquel, puede remover la gran piedra de sobre la boca del pozo y abreviar el rebaño, 29.10.

El lector habrá conocido a algún hermano en la fe quien, como Jacob, estaba valiéndose de medios naturales e intentando despojar a su hermano mayor, pero Dios trató con él. Ese creyente llegó a ver cómo ha debido comportarse en la Casa de Dios; se juzgó a sí mismo y a sus tácticas, y llegó a ser útil entre el pueblo del Señor. Se ha removido la piedra que estaba a la boca del pozo, y ahora hay agua para la grey. El ministerio del hermano es diferente; en vez de ser reprochante, ofensivo, es positivo, provechoso.

## 2. En tierra de Labán

Dios le permite a Jacob ir a la tierra de Labán, donde aprendería cosas que no había aprendido en casa ni en su propia tierra, 28.10,13. Dios se valió de Labán para tratar con Jacob, y lo que hizo aquel hombre fue para instruir al menor.

### **Primera fase—**

**1.** La primera gran lección que aprendió fue una en la cual había fracasado en su propio hogar: *aprendió a esperar*. Quería tener a Raquel, pero no podía tenerla cuando quería; tendría que esperar siete años, 29.27. Dios no siempre nos da sus bendiciones cuando las queremos, sino cuando estamos en condiciones de tenerlas.

**2.** Labán le enseñó también a *respetar los derechos del mayor*. En este aprendizaje Jacob se acordaría de cómo había puesto guantes sobre sus manos y dicho a su padre que él era Esaú. No había reconocido que Esaú nació antes de él. Ahora al cabo de una espera de siete años Labán la da por esposa a Lea en vez de Raquel, 29.22,23. El hombre protesta, pero Labán responde, “No se hace así en nuestro hogar que se dé la menor antes de la mayor”.

**3.** Jacob aprendió que *“lo que el hombre sembrare, eso también segará”*, Gálatas 6.7. Cuando los ojos de Isaac eran débiles, Jacob se aprovechó de la oscuridad para engañarle, pero ahora Labán le engaña a Jacob en la oscuridad, ya que fue tan sólo al amanecer que se dio cuenta que Labán le había dada a Lea y no a Raquel, 29.25.

Otra evidencia en la vida de Jacob de esa ley infalible del gobierno divino fue la ocasión cuando sus propios hijos le engañaron. Jacob había puesto pieles de cabritos sobre sus manos y su cuello, y se había presentado ante su padre con la mentira que era vestimenta de Esaú, 27.15 al 19. Pero en el capítulo 37 son sus hijos que le engañan con teñir una túnica e instarle a reconocer quién sería. Maliciosamente preguntaron si sería la de su hijo José.

**4.** Él aprendió también por *la inseguridad de sus ingresos*. “Has cambiado mi salario diez veces”, protestó Jacob, 31.7,41. ¿Podemos nosotros recibir una lección como ésta como parte de nuestra instrucción de parte de Dios? Podemos aceptar un aumento en los ingresos y dar gracias por él, ¿pero somos capaces de darle las gracias por una disminución? “Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia”, afirmo el apóstol, Filipenses 4.12. Nuestro Padre permite estas cosas para nuestro bien, para que confiemos más en él.

**5.** Aprendió *al cuidar el rebaño*. Jacob era buen pastor, tanto en el calor del día y como en el frío de noche; 30.29, 31.30. José, Moisés y David eran varones enseñados de Dios antes de guiar a su pueblo, y el mejor hombre hoy día para conducir a los santos es aquel que ha sido enseñado de Dios y ha aprendido lecciones en la escuela divina. Día y noche velará por las almas.

**6.** Jacob aprendió que *lo que es objetivo se torna subjetivamente*. Dicho de otra manera, lo que es relativo al objeto en sí llega a afectar nuestro modo de percibirlo o sentirlo. Él puso varas delante del ganado, 30.37,38, y las ovejas parieron según el color que habían visto. Lo que estaba delante de ellos objetivamente se manifestó subjetivamente. ¿Hemos aprendido esta lección? “Vuelvo a sufrir dolores de parto”, escribió Pablo a los gálatas, “hasta que Cristo sea formado en vosotros”. Si guardamos la Casa de Dios delante de nosotros objetivamente, por nuestra presencia y participación entre el pueblo

del Señor, nuestra conducta será moldeada subjetivamente de conformidad con lo que Él ha establecido para su Casa.

### **Segunda fase—**

“Se levantó Jacob ... para volverse a Isaac su padre en la tierra de Canaán”, 31.17,18. Había alcanzado el límite de sus deseos; tenía ganado, bienes e hijos, y en esta etapa de su vida no ambicionaba más. Pero, no podía deshacerse de su mentor tan fácilmente como pensaba, como se cuenta en los versículos que siguen. “Locamente has hecho”, le dijo el mayor, 31.28.

**7.** En su huida, Jacob aprendió más de *la pecaminosidad de la carne*. Su tan querida Raquel engañó a su padre, si no a su esposo también. Ella no había perdido su gusto por la idolatría, y, como tantas veces es el caso, ese pecado (que seguramente Jacob conocía) se manifestó junto con otro: el fingimiento, 31.30,35. “De dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos ... los hurtos ... el engaño ... Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre”, Marcos 7.21 al 23.

**8.** Él aprendió que *sí debe ser sí*. Labán conoció tanto la duplicidad que había en una época en su yerno (y, desde luego, se conoció a sí mismo) que vio necesario levantar un monumento para ratificar el acuerdo entre ellos, 31.52. Nuestro testimonio ante los demás debe ser tan diáfano como la regla que Santiago ratifica en 5.12: “Que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis en condenación”.

### **Tercera fase—**

Aun cuando había dejado atrás a Labán de un todo, 31.35. Jacob tenía que aprender más lecciones antes de llegar adonde Dios le quería llevar.

**9.** Él aprendió por *la conducta de su propia familia*. Jacob vio reproducirse en sus hijos lo que nunca había juzgado en cuanto a sí mismo. “Respondieron los hijos de Jacob a Siquem con palabras engañosas ...”, 34.13, y su vileza se cuenta en el versículo 25 que sigue. Cuántas veces nosotros hemos tenido que acudir a nuestro Padre acerca de lo que hemos visto manifestándose en nuestro propio círculo familiar.

**10.** Él aprendió por *la pérdida de seres queridos*. Jacob fue probado severamente, y en aquellas tribulaciones Dios se hizo conocer en lo íntimo del patriarca. Seis veces experimentó pesar en la familia. Perdió a su madre, quien en ambición propia le había llevado más allá de la senda de fe. (Hasta donde sabemos, no la vio después de salir apresuradamente del hogar de sus padres; 49.31). Perdió a su padre, Isaac, 35.29; Raquel y Lea fueron quitadas por la muerte, 35.19, 49.31; y también falleció otro vínculo con la familia en la persona de Débora, 35.8. Él aprendió que vivía en un mundo de muerte, pero que Dios se quedaba y era su porción.

### **Cuarta fase—**



Luego Jehová el Señor se presenta delante de Jacob como el único objeto válido, el único que puede satisfacer su corazón. En todos sus años de servicio había sido *yo* en vez de Dios, pero ahora el Todopoderoso le dice, “Vuélvete a la tierra de tus padres, a tu parentela, y yo estaré contigo ... Yo soy el Dios de Bet-el, donde tú ungiste la piedra ... Levántate ...”, 31,3,13.

Tan pronto que se había dirigido rumbo a Bet-el, salieron a su encuentro ángeles de Dios, 32.1. Se encontraron con él la primera vez en Bet-el, y en el

momento que se dispone a volver allí, salen a su encuentro otra vez. A lo largo de su carrera el Ángel de Jehová le había acompañado y vigilado, por cuanto Jacob era un heredero, y los ángeles son “enviados para servicio a favor de los que serán herederos de salvación”, Hebreos 1.1.4.

Pero en el camino debe encontrarse con su hermano Esaú, a quien había defraudado, 32.3. Aquel asunto con el hermano ofendido debe ser resuelto. Pero antes de encontrarse con Esaú, Dios se encuentra con él. Si va a Bet-el, tiene que ser como otro hombre. Tiene que ser con espíritu quebrantado y con otro nombre, porque sólo así puede servir a Dios. Jacob llega al Jordán y manda a todos a cruzar, pero Dios dispone que Jacob se quede solo, sin pasar el vado de Jaboc, 32.23.

Nuestro protagonista se desprendería de todo, con tal que viva Jacob; él no quería perder al viejo Jacob. Pero ha llegado la noche cuando Dios va a tratar con él; los ángeles le habían atendido, pero ahora es Dios que sale a su encuentro y lucha con él, 32.24. ¿Y por qué tan prolongada la lucha? Porque Jacob no quería soltar al Jacob que había en él. Pero Dios quebranta su voluntad, y ahora encontramos a un cojo, un hombre vencido, uno con un agujón en la carne, pero que será útil para Dios, 32.26 al 31.

En Salmo 51 David habla de sus huesos como partidos. Los huesos son lo único macizo en el hombre, y el hueso partido habla de la voluntad quebrantada. En el cordero de Éxodo 12 no se partió hueso, hablando de Cristo en quien no había voluntad propia que tenía que ser quebrada, ya que su delicia era siempre hacer la voluntad del Padre.

Jacob tiene que responder a una pregunta: “¿Cuál es tu nombre?” 32.27. Años antes, cuando se apropió de la bendición, su padre le hizo la misma pregunta, y él respondió, “Yo soy ... Esaú”, 27.32. Pero se da cuenta de que no puede engañar a Dios, y ahora confiesa: “Jacob”. Todo lo negro de su pasado está encerrado en ese nombre, y ese nombre tiene que ser tachado. “No se dirá más tu nombre Jacob [suplantador], sino Israel [príncipe de Dios]”. El nombre Jacob pertenece a la noche, pero el nuevo nombre Israel es del día. Se despoja del viejo y se viste del nuevo, y el nombre nuevo está comenzando a hacerse ver.

Rayando el alba, entra en la luz con un nombre nuevo y un andar nuevo, cojeando pero confiando en Dios, 32.31. En lo que a lo físico se refiere, ha perdido, pero en verdad ha ganado porque ahora había luchado con Dios y con los hombres, y había vencido. Ahora está en condiciones de estar en la Casa de Dios, y esta vez va a entrar de manera espiritual. “Sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas”, 1 Tesalonicenses 5.5.

“Le salió el sol”. Su noche de lloro ha terminado; ha amanecido su mañana de gozo. “Jacob” significa a uno que obra desde atrás, pero este hombre ha visto a Dios cara a cara, y fue librada su alma. Ahora no va a tratar con otros desde atrás, sino “pasó delante de ellos”, 33.3.

Tiene que enfrentar a su hermano cara a cara, pero ha tenido un encuentro con Dios. Ya que Dios ha tratado con él, fácil será encontrarse ante su hermano y, más aun, bendecirle. Y así es en la experiencia nuestra; si hemos tenido trato con Dios en cuanto a un asunto, podemos atenderlo sin dificultad con nuestro hermano y aun ser un medio de bendición para él.

### ***Un hiato negativo—***

Jacob prosigue, pero frena la marcha antes de llegar a Bet-el, la Casa de Dios. Él viaja hasta Sucot y construye una casa para sí, 33.17. Ocupa su atención su propia casa, y no la de Dios. En esta coyuntura se aparta de la senda de fe, ¿y es de sorprenderse que un desastre ocurra en la familia? Dina está des-

honrada, Simeón y Leví se manifiestan ser instrumentos de crueldad, y el nombre de Jacob hiede en aquella tierra, 34.3,25,30. Los hijos de Jacob impusieron la circuncisión a los varones de Siquem, cosa que ellos no comprendían. El tercer día, Simeón y Leví les caen encima, y la agresividad de Jacob se hace ver en sus hijos. Y nosotros, ¿cuántas veces hemos impuesto a juro sobre el pueblo de Dios alguna verdad que no han comprendido, y les hemos reprochado porque no sabían practicarla?

Pero si Jacob piensa acomodarse en Siquem, Dios va a revolcar su nido para que salga de allí. Está expuesto a reproche público, hecho abominable a los moradores de aquella tierra, pero al juzgarse Jacob a sí mismo, la gente de las ciudades en derredor no persiguen a sus hijos.

De nuevo Dios le manda, “Levántate y sube a Bet-el”, 35.1. Se botan los dioses ajenos, 35.4, ya que no habrá cabida para ídolos en Bet-el. Toda inmundicia debe ser purgada, por cuanto la santidad conviene a la Casa de Dios.

Y con esto él y los suyos llegan a Bet-el, 35.6.

### 3. "El fin del Señor", Santiago 5.11

Veamos ahora los últimos días de Jacob —no, de Israel más bien— y las marcas de un hombre disciplinado. Al final de su jornada le encontramos sometido y sorprendentemente útil. Había cometido muchos errores a lo largo de los años, pero ahora no; él ha llegado a ver las cosas conforme Dios las ve.

1. Es un hombre que *puede hacer su propio sepulcro*. “Sepultadme con mis padres en la cueva que está en el campo de Efrón”, 47.30, 49.29. (Parece que el único otro que dispuso el lugar de su sepultura fue el profeta de 1 Reyes 13.31). Jacob había alcanzado la capacidad de ponerse a sí mismo enteramente fuera de vista. El hijo de Dios debe estar cavando su propio sepulcro cada día, crucificando al hombre viejo, prosiguiendo la condición espiritual en la cual puede decir de veras: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo vive en mí”, Gálatas 2.20.



2. Él *colocó las manos adrede*, 48.14, al bendecir a dos nietos. Cuando era Jacob, no podía usar sus manos legítimamente al arrebatarse a Esaú su bendición, 27.23. En aquella ocasión dijo que eran las de Esaú, y no las cruzó, 48.13,14. Pero como Israel puede cruzar las manos, no siguiendo ya el curso de la naturaleza ahora, ya que ha aprendido que toda bendición debe fluir por la cruz.

José pensaba que su padre se había confundido: “No así, padre mío, porque éste es el primogénito; pon tu mano derecha sobre su cabeza”. Pero el anciano respondió: “Lo sé, hijo mío, lo sé”. Él ha aprendido el proceder de Dios, y en este detalle se ha adelantado a José. Un hombre que ha estado en la escuela de Dios es uno que sabe. Dijo Juan al anciano en Apocalipsis 7.14: “Señor, tú lo sabes”.

3. Él *adora*. “Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de Israel, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón”, Hebreos 11.21. Es una lástima que un hombre tan activo a lo largo de tantos años haya adorado (según lo que está registrado) sólo en su postrimería. Pero tiene el honor de figurar en el panteón que es Hebreos 11, y el Espíritu destaca dos cualidades acerca de este anciano: (i) pensaba en otros, y no en sí; y (ii) adoró. Éste no es

aquel Jacob del *yo* que mencionamos al referirnos a una etapa anterior en su vida. Adoró muriendo; que lo haríamos nosotros en el vigor de la vida.

**4.** Pudo *encoger sus pies en la cama*, 49.33. O sea, tenía dominio sobre sus pies. Nos acordamos de cómo este hombre había caminado en sendas del error; sus pies, por decirlo así, lo controlaron para mal en la manera cómo dejó la casa paterna, en la manera en que dejó la casa de Labán y en su desvío para residenciarse en Sucot. Pero ahora no anda en su propia voluntad, sino en la senda de fe. “Os ruego”, escribe Pablo, “que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”, Efesios 4.1.

**5.** Él *se interesó por el bien de su familia y de su prójimo*. Génesis 48 cuenta cómo bendijo a dos nietos y Génesis 49 cuenta cómo bendijo a doce hijos, guiado por el Espíritu a hablar con gran percepción acerca del carácter de cada uno. Le costó caro a Jacob no haberse interesado más por sus hijos en la tierra de Labán cuando estaba empeñado en acumular bienes materiales; muchos desde aquel entonces se han dado cuenta de haber desperdiciado preciosas oportunidades y responsabilidades en la crianza de sus hijos, y luego han visto a su pesar que cuando ya son maduros, uno no puede suplir lo que faltaba en su formación. Le habrá dolido a Jacob/Israel decir lo que dijo acerca de los hijos de Lea, pero con gran satisfacción pudo reconocer la calidad de los hijos de Rebeca, por ejemplo.

Pero el 47.10 apunta que “Jacob bendijo a Faraón”. El monarca pagano quería que este padre de José morara en “lo mejor de la tierra”, 47.6, pero este no habló de la grandeza de Egipto, sino sus pensamientos estaban en Canaán, la tierra que Dios había escogido y adonde su prole iría en tiempo oportuno. Fue cumplido con Faraón, pero reconocía que era peregrino en la tierra que éste puso a su disposición. No todos nosotros hemos escuchado a Pedro dirigirse a “extranjeros y peregrinos” que deben abstenerse de “los deseos carnales que batallan contra el alma”, 1 Pedro 2.11.

**6.** *Era hombre satisfecho y agradecido*. Al oír de José y su gloria, dijo: “Basta ... le veré”, 45.28. Después, para morir ya, dijo: “El Dios Omnipotente me apareció en Luz [refiriéndose a aquella noche en Bet-el] en tierra de Canaán, y me bendijo”, 48.3. No eran simplemente recuerdos y sentimientos de un viejo; era reconocimiento grato del trato que Dios había tenido con él. ¿Estamos satisfechos con Cristo? ¿Nos damos cuenta de cómo el Padre nos ha guiado, corregido y bendecido? En cuanto a nuestro divino José, ¿nuestro sentir es, la peregrinación atrás, “le veré”? Que así sea.